Cuando el presidente del Gobierno español, en su primera intervención en el Consejo de Europa, planteó el tema del terrorismo, y cada vez que el Ministerio del Interior acude a los ejemplos de Alemania e Inglaterra (y a la cooperación de Francia) para luchar contra el terrorismo interno, puede ser interesante saber lo que opinan los especialistas europeos sobre el terrorismo español. Tenemos hoy el punto de vista de un conocido profesor de Historia Contemporánea, Walter Lacqueur, de la Universidad de Reading, Inglaterra, expuesto en un reciente libro sobre el terrorismo internacional en el contexto histórico.

EL ENDEMICO TERRORISMO ESPAÑOL

CARLOS M. RAMA

ACOTEMOS que el autor en cuestión ha publicado asimismo obras importantes sobre temas como el fascismo contemporáneo y la República de Weimar, y por tanto sus conclusiones sobre un tema como este del terrorismo son coherentes con sus conocimientos de la problemática política contemporánea.

Estudia el período reciente de 1966 a 1976 y anota que para todo el planeta el terrorismo ha hecho entre seis y ocho mil muertes (unos setecientos anuales), de los cuales la mitad solamente en Argentina e Irlanda del Norte. A su juicio, la tendencia terrorista es decreciente, por lo menos en los últimos años, y ello se aprecia especialmente en países como Estados Unidos, Canadá y Japón. "La ola de terrorismo está en decadencia", son sus palabras. En países europeos, y da cifras para Alemania, Inglaterra y Francia, incluso es bajísimo el número de homicidios, sean o no debidos a actos terroristas.

Tomando una perspectiva mayor y retrocediendo al año 1880, por comparación, destaca que las cifras de la década 1966-1976 han sido prácticamente insignificantes. En otras palabras, no solamente el terrorismo no es una novedad, sino que puede afirmarse que está en decadencia. Contribuye mucho a estas conclusiones la erradicación del terrorismo en países como Rusia, donde entre 1880 y 1917 se afrontaron el terrorismo autocrático del zarismo contra el terrorismo de los populistas revolucionarios, dando pavorosas cifras de mortandad.

En definitiva, concluye el profesor Lacqueur, hay entre los países europeos solamente dos en los cuales no se advierten mejoras y que persisten en un terrorismo que puede calificarse de endémico, y estos son Italia y España.

Con cifras en la mano demuestra que desde 1880 a la fecha en ambos países mediterráneos no ha decaído tanto el terrorismo estatal como el privado.

Más aún, son los únicos países en los cuales el terrorismo privado tiene actores que no se ajustan al patrón internacional, pues en el resto de los países sus agentes activos son casi exclusivamente jóvenes de diecisiete a veintisiete años, pertenecientes a las clases medias.

En España hay el caso extraordinario —para Europa— del terrorismo campesino andaluz de finales del siglo XIX y en las décadas de los años 20 y 30, en los tiempos de la dictadura y de la Segunda República, tenemos el caso del terrorismo de base sindical obrera, mientras en Italia existe el caso siciliano y calabrés de terrorismo campesino y en los años recientes el de los militantes proletarios del ultraizquierdismo.

Lacqueur termina reiterando lo que es obvio para cualquier científico social: el terrorismo tiene raíces ideológicas, políticas y económicas, que se explican por las características de una determinada sociedad. Si en Italia y España es endémico, vale eso tanto como una confesión de que estos países no están estrictamente "occidentalizados", y que de nada valen las medidas represivas si no se producen cambios modernizadores, estructurales e ideológicos.

Socavón del atentado a Carrero Blanco.

La violencia española

Dejemos a los italianos explicárselo, que mucho lo necesitan, e intentemos precisar ciertos puntos en la historia de la violencia española.

El primer reconocimiento —al contrario de lo que afirma mucha prensa sensacionalista— es que por más que el terrorismo sigue rigiendo en España, dentro de las cifras locales cada vez tiene menos importancia.

Lo dicen los números, si tomamos la cifra de homicidios directa o indirectamente derivados de esa causa. Para Madrid, en ocasión del asesinato del juez Cruz, se hacía notar que era la vigésima víctima en los cinco años de sucesos que abre el magnicidio de Carrero Blanco, en noviembre de 1973, y que éstos, en su mayoría, son atentados de la ultraderecha.

En cambio, en 1880 —según cifras del profesor Lacqueur— el porcentaje de homicidios en España por terrorismo era de 64,9 por millón de habitantes. En segundo lugar, en el posfranquismo el terrorismo está circunscripto en las provincias vascas (y especialmente en Guipúzcoa) y en la capital del Estado, mientras que desde fines del siglo XIX hasta 1973 cubría todo el Estado.

Lo mismo que en la Rusia zarista, en España se ha vivido hasta fechas recientes en un mecanismo combinado de terrorismo estatal (so pretexto de reprimir el terrorismo subversivo) y de terrorismo privado, que contesta al terrorismo oficial, en un círculo infernal y perpetuo.

En ningún otro país europeo (salvo la anotada Rusia de antaño) se ha prodigado tanto la pena de muerte por los Tribunales, so pretexto de "terminar con el terrorismo". Las cifras mayores las proporciona el franquismo de 1936 a 1962, aproximadamente, pero de 1880 a 1931 hay una serie escalofriante de asesinatos legales.

Las prácticas fascistas, el estado de excepción y el golpe de Estado se fundaron tanto en vísperas de la dictadura como antes de la sublevación militar de 1936 —entre otros fundamentos—, en la voluntad de "imponer el orden" en términos coercitivos.

No han faltado quienes ante los recientes atentados reclaman acciones de "guerra sucia" (incluidas Policías paralelas o parapoliciales), pero es bueno recordar que tales medidas ya se intentaron por la burguesía catalana (con la complicidad de los generales Martínez Anido y Miguel Primo de Rivera) con los pistoleros de los "sindicatos libres", y esto en definitiva lo que consiguió fue multiplicar la respuesta terrorista de los militantes anarco-sindicalistas.

En el campo andaluz, contra "la mano negra" y el "espartaquismo" se usaron nuevos cuerpos de represión como la Guar-

Jeep de la Guardia Civil volado en Guipúzcoa.

dia Civil (pues el bandolerismo es un terrorismo campesino), aparte del Somatén, que practicaron a su vez un terrorismo oficial u oficioso.

En el millón de muertos de la guerra civil los historiadores distinguen la existencia de unos cincuenta mil homicidios, cometidos entre ambos bandos, que corresponden a asesinatos políticos. Manuel Azaña los individualiza gráficamente con estas palabras: "En los territorios ocupados por los nacionalistas fusilaban a los francmasones, a los profesores de Universidad y a los maestros de escuela tildados de izquierdismo, a una docena de generales que se habían negado a secundar el alzamiento, a los diputados y ex diputados republicanos y socialistas, a gobernadores, alcaldes y a una cantidad difícilmente numerable de gentes desconocidas; en el territorio dependiente del Gobierno de la República caían frailes, curas, patronos, militares sospechosos de fascismo, políticos de significación derechista".

Del actual terrorismo

Francisco Ayala, que entre otras cosas sabe de sociología, acaba de declarar sensatamente: "Yo, que he vivido tantos años fuera, puedo decir que la realidad de nuestro país no es tan excesivamente mala como algunos se empeñan en sostener. Tenemos problemas, claro, pero algunos de ellos, como el del terrorismo, es un fenómeno a escala mundial. Hubiera sido igual con Franco —en realidad el terrorismo de nuevo estilo comenzó bajo su poder— e incluso peor, porque es posible que los terroristas hubieran encontrado muchas más simpatías en grandes sectores que se sentían oprimidos por la dictadura". Razón tiene asimismo la Iglesia (que en el pasado repetidas veces incurrió en ese error) al sostener que tampoco estos problemas se arreglan con condenaciones verbales ni con adjetivos altisonantes.

Habría que mirarse en el espejo del otro país terrorista de Europa, Italia, para saber algo más sobre las trastiendas del terrorismo. Recién ahora, gracias a magistrados íntegros y una sostenida opinión pública esclarecida, se termina de saber que el horroroso atentado de la plaza Fontana de Milán, del 12 de diciembre de 1969 (que se atribuyó a los anarquistas), había sido cometido por agentes del SID (servicio policial secreto) del mismo Estado italiano...

En una nota anterior destacábamos que lo peligroso en España, y en cualquier parte, es pretextar el terrorismo de unos pocos para afectar la libertad de todos en forma irreparable.

Las endemias, como las epidemias, tienen explicación científica, y es muy posible que en un futuro relativamente próximo tanto Italia como España sean "países normales", superándose un pasado lamentable y sorteando los posibles errores de quienes se empeñan en no conocer la historia de su propia tierra. ■

SONATA EN BERGMAN CONSERVADOR

LAS élites también tienen sus mitos. Más complejos, menos alineados, pero mitos al fin. Durante muchos años, se ha leído, se ha oído decir, por ejemplo, que Ingmar Bergman en su cine retrata y analiza como ningún otro "el alma femenina", como si ese órgano, de existir, fuera atemporal, ahistórico, aun partiendo del sobreentendido de que es el alma de la mujer de Occidente, y de esa difusa y extendida clase media burguesa, la única, por otra parte, que ha interesado a artistas e intelectuales. A mí, como mujer, como intelectual y como artista, el planteo dramático de la tan esperada "Sonata de otoño" me ha defraudado, por conservador y finalmente reaccionario, a pesar de las habituales excelencias técnicas y de la belleza de sus ambientaciones. Hace tiempo que los melodramas de Bergman deslumbran más que nada por los elementos plásticos, pero que a fuerza de autocomplacientes (y complacientes para con su actriz favorita, Liv Ullmann) se convierten en tics. Sin embargo, este film me ha parecido el más convencional de todos, especialmente en eso que tanto se ha querido admirar en Bergman: su descripción de los personajes femeninos. No es de extrañar: el mundo está lleno de falsas revoluciones, incoherencias y contradicciones: las mujeres que colaboraron a derrocar el régimen del Sha Pahlevi, en Irán, son las mismas que durante estos días, airadas, se manifiestan —aparentemente sin éxito— contra la obligación de usar el chador, o sea, el velo negro, impuesta por el "revolucionario" "ayatollah" Jomeini, quien al mejor estilo del señor feudal (o del abusivo jeque) establece las normas, dicta las leyes, cubre a las mujeres, las oculta, con el estúpido pretexto de "protegerlas mejor" de la avidez masculina. Otra vez las mujeres han sido "compañeras de ruta" a las que se devuelve al redil una vez logrados los objetivos. Más sutil, pero densamente peligroso, el film de Bergman también manda a las mujeres al hogar, a criar a los hijos, a abandonar las veleidades artísticas: una mujer no puede conciliar arte y hogar sin afectar visiblemente al destino de sus hijas. Es increíble la cantidad de trastornos que puede crear una mujer pianista (Ingrid Bergman) sólo por dedicarse un poco más a su profesión que a sus tareas de madre: Eva (Liv Ullman) será para siempre una mujer rencorosa, poco sexuada, dependiente y fracasada, y la otra hija, en el delirio castigador de Bergman, una absoluta tarada. Me parece que por haber salido un poco de casa para tocar el piano y quizá por tener un poco de éxito, el precio es excesivamente alto. Conclusión: abandone usted el piano, la literatura (ni qué decir la ciencia), si desea ser una buena esposa y una mejor madre.

Espero que el próximo film de Bergman sea algo más audaz: según informa la prensa (uno no se explica cómo se anima a salir a la calle sin velo y abandonando el sacrosanto hogar, pero siempre se insinuó que la prensa era algo putilla), ya se han inventado unos nuevos anticonceptivos, éstos sabiamente diferenciados: sólo permiten concebir hijos varones. Las alemanas (esas malas mujeres que publican una revista feminista de largo tiraje) han bautizado el invento con el nombre de "píldoras antiniñas". Bergman, que siempre quiere estar al día con los temas psicológicos y sociales (aparentemente, aunque a veces se le atrasan algunos números: está muy ocupado en fotografiar morosamente a sus actrices favoritas), podrá solucionar definitivamente el problema de las mujeres-artistas que abandonan cruelmente el hogar (los varones no lo abandonan jamás, en "Sonata de otoño": han encontrado unos sofás muy cómodos y tremendamente fotogénicos): eliminando a las niñas en los próximos cincuenta años. Si no nacen niñas no habrá esposas descarriadas, más enamoradas de su piano que de sus hijas. ■